

El problema nacional

(1908)

En su número de Enero último, *The Fortnightly Review* publica un estudio de Mr. Havelock Ellis, sobre *Los ideales españoles de hoy día* (1). Por varias razones conviene llamar la atención de nuestro público hacia ese trabajo: por su asunto, por el lugar en que ha salido á luz y por las consideraciones que lo terminan.

Por el asunto, si se tiene en cuenta que muy rara vez los extranjeros tratan de averiguar seriamente las direcciones fundamentales del pensamiento español contemporáneo. Nuestra literatura amena traspasa á menudo los Pirineos y es leída y traducida en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Suecia, en Alemania... Nuestros libros de ciencia jurídica, social, pedagógica, histórica, etc., pocas veces consiguen esa ventaja, y menos aún se ven registradas sus doctrinas al lado de otras extranjeras, que no siempre—seamos sinceros—merecen el honor de ser las preferidas. Mr. Havelock Ellis dice de una manera concreta: «El reciente desarrollo de la prosperidad económica en España ha sido considerado por

(1) Mr. Havelock Ellis es un escritor inglés muy conocido, cuya especialidad son los estudios sociales y penalistas. Ha publicado, entre otros, los libros siguientes: *The New Spirit, Man and Woman: a study of human secondary sexual characters* y *The criminal*; este último en la biblioteca ó colección titulada *The Contemporary Science Series*, que dirige él mismo, y en que han colaborado Geddes, Thompson, Taylor, Mantegazza, Geikie, Tunzelmaun y otros especialistas.

muchos escritores en diferentes sitios; pero hasta donde yo sé, este movimiento paralelo de *auto-interrogaciones espirituales* (las que dicen relación al estado intelectual de España y sus orientaciones futuras), no ha sido todavía objeto de información fuera de España; y sin embargo, puede ser importante el intento de describir su carácter y tendencias.» Si se exceptúan los artículos del profesor Desdevises du Dezert, quien en varias revistas francesas (la *Revue bleue*, especialmente) ha expuesto y comentado algunas de las manifestaciones ideales de la gente española moderna, la afirmación de Mr. Havelock en punto á la carencia de tales estudios, la creo exacta. No niego con esto la existencia de otros trabajos análogos á los de Desdevises, aunque de momento no acudan á mi memoria; pero se me figura que no han de ser muchos (1). Mr. Havelock, pues, nos presta un considerable servicio divulgando, en un idioma de uso mundial, algunas de las doctrinas que recientemente han dibujado parte del programa nacional español.

El servicio es tanto más de estimar, cuanto que se realiza en las páginas de una publicación inglesa. Creo que si la opinión de todo el mundo civilizado debe importarnos siempre mucho, más que ninguna otra nos debe preocupar la opinión inglesa. Inglaterra es hoy, tomada en conjunto y considerando sobre todo la expresión ideal de su vida, la nación de más alto y civilizador sentido y la que por su proceder sereno, práctico, equilibrado, mejor y más beneficioso contraste puede presentar á nuestro modo de hacer impulsivo, atropellado y tumultuoso. La crítica de nuestros actos por un inglés de espíritu independiente, no cegado por pasiones ó intereses políticos (que en la relación internacional suelen hacer despiadados á los súbditos de Eduardo VII), es de las que nos conviene escuchar eterna-

(1) Prescindo, claro es, de los escritos por autores españoles. Yo por ejemplo, he tratado, en la *Bibliothèque universelle et Revue suisse*, de *La renaissance de l'idéal en Espagne*; en *L'Européen*, del catalanismo, etc.

mente. Pero la base para la crítica es el conocimiento; y por ello tiene tanta importancia que en Inglaterra conozcan todas las manifestaciones, las malas y las buenas, de nuestra psicología actual.

Las que Mr. Havelock recoge y expone, son las referentes á lo que aquí hemos llamado la «literatura de la regeneración», á saber: aquel clamoreo profundamente patriótico con que unos cuantos aspañoles sinceros y deseosos de rectificar el camino seguido hasta entonces, pretendieron despertar á la nación de su sueño indiferente ó pesimista, aprovechando la lección terrible de 1898, que para ellos fué acicate agudísimo. En realidad, este movimiento de regeneración no se produjo entonces de golpe. Venía preparado por muchos precedentes, que, cuando se escriba la historia interna de España desde 1868, habrá que recoger con gran cuidado, para que se vean con claridad los orígenes de donde emana la actual remoción de ideas. El mismo Havelock Ellis reconoce esta exigencia, al no limitar su estudio á los libros de 1898 y años posteriores. Así, incluye—y en primer término—el de Ganivet, *Idearium español*, que lleva fecha de Octubre de 1896 (se imprimió en 1897). Aparte el de Ganivet, analiza estos otros: *El problema nacional*, de Macías Picavea (1899); *Hacia otra España*, de Ramiro de Maeztu (1899); *La moral de la derrota* (1900) y *Los frailes en España* (1904), de Morote; *En torno al casticismo*, de Unamuno (1902), y mi *Psicología del pueblo español* (1). De pasada, cita también Mr. Havelock Ellis á Martínez Ruiz, Manuel Bueno, Pascual Santa Cruz y el conde de Romanones.

(1) Séame permitida una ligera rectificación de fechas. La *Psicología del pueblo español* no fué publicada, como libro, hasta 1902; pero toda ella la escribí en el verano de 1898, y parcialmente sus capítulos habían ido apareciendo en el Discurso de apertura de la Universidad Ovetense (*El patriotismo y la Universidad*: Octubre de 1898), en el libro *Cuestiones hispanoamericanas* y en la revista *La España Moderna*. También *En torno al casticismo* se publicó antes de 1902, en *La España Moderna* (1895).

Extraña no ver, presidiendo todos estos nombres, el de Joaquín Costa. Nadie duda en España que Costa es, no sólo el «regenerador» de más empuje, de más meollo, de orientación más práctica entre todos los españoles que pueden figurar en ese grupo, sino también el único que ha causado en el año 1898 y siguientes una real agitación en el país. Su campaña en la Cámara Agrícola del Alto Aragón, en la Liga nacional de productores y en el Ateneo de Madrid, y los libros en que las ha condensado, *Reconstitución y europeización de España* (1900) y *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España* (1903), constituyen la agitación más honda que en nuestra historia moderna se ha producido, la más aguda penetración de la psicología nacional, y la fuente más abundante y precisa de reformas que se ha formulado entre nosotros desde 1812. Con sólo aplicar en el gobierno lo que Costa ha ido indicando en sus libros y discursos, tendría programa para más de medio siglo un partido liberal y reformista. Su grito de «europeizar á España», ha quedado como expresión popular, como lema de todos los que ambicionan crear una patria nueva. Lo confiesen ó no, los representantes actuales de la nueva política de él proceden y en sus escritos han hallado inspiraciones abundantes. ¡Lástima grande que Mr. Havelock Ellis no haya dado á conocer á su público esa poderosa condensación de pensamiento, que si en algunos detalles puede ser discutible, en las líneas generales de su orientación expresa la más alta manera de ver nuestro problema nacional, desde el punto de vista de un hombre de profunda cultura que es, al mismo tiempo, un político!

Y puesto á agotar el asunto, también hubiese convenido exponer las ideas de don Francisco Giner de los Ríos, el maestro de todos, y especialmente su estudio sobre los *Problemas urgentes de nuestra educación nacional* (1902) que envuelve un programa entero de regeneración, tomando por base la obra educativa, sin la que nada podrá edificarse en firme nunca; los varios escritos de Sales y Ferré acerca de nuestra psicología y nuestros problemas actuales; el

discurso de Echegaray en el Ateneo y otras varias manifestaciones de «los ideales españoles de hoy día». Completa así la obra de Mr. Havelock Ellis, el público inglés quedaría perfectamente enterado de los elementos aprovechables que ofrece la España de ahora para la obra de regeneración.

En punto á las consideraciones con que Mr. Havelock Ellis termina y glosa su examen de doctrinas, es interesante advertir que son de un optimismo muy acentuado, tanto más notable cuanto que coincide con el pensamiento de otros muchos autores no españoles. El colaborador de la *Fortnightly Review* rechaza con firmeza el pesimismo que los nacionales manifestamos á cada momento, y lo cree infundado. En este género de cuestiones, dice (repetiendo una observación que hace medio siglo escribía entre nosotros Sanz del Río), «las creencias humanas son las que moldean la realidad, y es fuerte quien se cree fuerte. Dificilmente hallará un extranjero nada más fundamentalmente erróneo en la vida espiritual de España», como la creencia que los españoles tienen de que están agotados y son incapaces de redención. Todos los extranjeros que han estudiado la España, han salido impresionados por las cualidades nobles y de buena ley que poseen los aldeanos y los obreros españoles, *una raza tan excelente como la mejor que pudiera desearse*, como con razón dice uno que la conoce bien. El pueblo español está aún sano en el fondo; ha sufrido tanto por sus vicios como por sus virtudes, por su idealismo, por su indiferencia hacia el progreso humano, por su natural placentero, por su estoica resignación. Si los españoles pusiesen en acción la desusada reserva de energías originales que almacena su raza, mansamente expresadas en los detalles de la vida diaria, su problema quedaría resuelto. *No tienen más que hacer sino educar y utilizar la excelente primera materia humana que poseen.*

Lo más interesante de este juicio consiste, como he dicho ya, en que concuerda con el de la mayoría de los extranjeros. Lo he oído repetir en conversaciones privadas muchas veces, y acabo de leer una nueva confirmación de

él en un artículo de *Heraldo de Madrid*. Este artículo, titulado *La España futura, Pesimismo y optimismo*, y firmado M. B., expresa el juicio de un yanqui, Mr. Kallman, acerca del estado presente y del porvenir de España.

«Llevo poco tiempo en España—ha dicho Mr. Kallman—, pero á pesar de ello, no ha pasado inadvertido para mí lo que vale este pueblo, y sobre todo, lo que puede llegar á ser muy pronto.

»El porvenir es de ustedes. Todo está aquí por hacer y todo puede intentarse con éxito brillante. El suelo y el subsuelo están inexplotados, casi por explorar; la energía de la raza es grande, y su inteligencia en nada inferior á la de los sajones. He viajado mucho, pero aseguro á usted que no he visto un ser de comprensión intelectual tan rápida como un español. Aun el hombre del pueblo se hace cargo de lo más complicado con una rapidez que asombra... No son ustedes perezosos, ni mucho menos. Lo que sucede es que la actividad nacional, por causas que desconozco, no tiene objeto... No importa... La cosa no es para desmayar... Pronto encontrará España su camino de salvación... Lo primero que hace falta difundir en España es la fe colectiva...

»Individualmente, son ustedes todavía el primer pueblo del mundo. Es menester reunir esas energías dispersas para una empresa común.» Y como el interlocutor de Mr. Kallman preguntase cómo se hace eso, Mr. Kallman contestó así: «Por el trabajo; por el sacrificio del egoísmo personal.»

Aun descontando de los juicios del caballero yanqui la parte de exageración que la cortesía de un lado, el entusiasmo por la tesis de otro, han puesto indudablemente en sus palabras, queda incólume la afirmación capital, que es la misma de Havelock Ellis y de muchos otros extranjeros, en quienes no podemos suponer una confabulación para adularnos. Pero todavía más que lo halagador en esos juicios, debe atraernos lo que acusa deficiencias y malas cualidades.

Los extranjeros están igualmente conformes en que necesitamos recobrar la fe en nosotros mismos, trabajar, educarnos á la moderna, deponer los egoísmos personales en aras de un sentimiento patriótico bien dirigido; y eso es lo que debe preocuparnos ante todo.

Sabido es que desde 1898 hemos hecho poquísimo en este sentido. La información de Mr. Havelock Ellis podría tener una segunda parte expresiva del cuánto de realización que han tenido los programas regeneradores de la clase intelectual á que se refiere.

Sería curioso averiguar qué es lo que de las páginas de los libros ha pasado á la vida, ya por obra de los mismos autores de aquéllos, ya por asimilación de los políticos y directores de la actividad nacional. Esta segunda parte del artículo de Mr. Havelock Ellis interesaría mucho á los ingleses y á los españoles, y serviría probablemente para comprobar dos cosas importantes: el aislamiento en que vive la minoría intelectual del país, «extranjera en su propio medio» y en lucha abierta con él (sobre todo con el factor representado por las llamadas «clases directoras»), y el hecho curiosísimo de que los principales obstáculos para la renovación educativa proceden muchas veces de los mismos que presumen de representar á España intelectual ó políticamente.

Esos obstáculos tienen dos manifestaciones capitales: la de aquellos que, de buena ó mala fe (de todo habrá), afirman, hasta con datos estadísticos (naturalmente erróneos), que nada necesitamos, pues nuestra situación en materia de enseñanza primaria, media y superior es tan buena como la de Inglaterra ó la de Bélgica, y aun que podemos enviar á granel profesores de todos los grados á diferentes países, y la de aquellos que, insistiendo en el pesimismo y sin enterarse de las cosas, se dedican á desconocer ó á despreciar los pocos y meritorios esfuerzos que aquí se hacen en pro de la enseñanza y de la cultura, confundiendo en un mismo anatema á los que trabajan y á los que no trabajan; á los que cumplen su deber con exceso y á los

que lo rehuyen; á los que gastan sus energías generosamente, gratuitamente, por amor á la patria en el esfuerzo regenerador que su esfera les permite hacer, y á los que ocultan su egoísmo con aparatosas lamentaciones de nuestra decadencia, sin poner nada de su parte *prácticamente* para combatirla.

De ambos males necesitamos librarnos: del primero, haciendo todos los días examen de conciencia, poniendo la mayor sinceridad en nuestras comparaciones, reconociendo nuestra inferioridad y proponiéndonos remediarla por los medios de todos sabidos, y cuya aplicación sólo exige un poco de alma y una renuncia total á las cicaterías que en materia de enseñanza caracterizan á nuestros políticos. Del segundo, deponiendo los recelos, las envidias, las pasiones de *côterie*, ó simplemente las ligerezas en los juicios; gastando algo de las energías que consume la crítica despiadada, hecha en montón y sin discernir las responsabilidades, en ayudar á los que demuestran el movimiento andando, á los que se quejan y trabajan, á los que piden y á la vez dan su parte, sin que las desilusiones de todos los días aminoren su fe ni paralicen su acción.

Eso es lo único y lo verdaderamente patriótico. Y en eso está gran parte de la solución del problema nacional.

Nuestra europeización

Mucho antes que Costa hiciera popular y famoso el término «europeización», lo que éste indica en cuanto á procedimiento educativo formaba parte, no sólo del programa ideal de nuestros mejores pedagogos y nuestros más clarividentes patriotas, sino de las experiencias de nuestra historia.

En todos los momentos de crisis nacional, los hombres celosos del porvenir de España han acudido al extranjero, á Europa, ya enviando á ella gentes que aprovechasen el viaje en beneficio de la restauración de un orden determinado de la vida española—comercial, industrial, científico, etcétera—, ya trayendo aquí representantes de los pueblos cuya imitación parecía conveniente. Así lo hicieron, sin acudir á más lejanos casos, los Reyes Católicos, Carlos III, Godoy y hasta esos monarcas austriacos del siglo XVII que en tantos respectos son el símbolo de la estrechez de miras y de la suspicacia en los contactos con gentes extrañas. La historia de aquella centuria y de la precedente es, desde cierto punto de vista, un continuo combatir entre los reyes, patrocinadores de la penetración extranjera, y los productores y comerciantes indígenas, que en ella veían la fuente de todos los males de la nación.

Cierto es que los reyes austriacos no ayudan á los flamencos, franceses, alemanes, ingleses, etc., que invaden la Península por puro afán educativo, sino por razones derivadas de la servidumbre financiera en que por lo gene-

ral vivieron, ó por imposición de los intereses políticos, ó por contrarrestar la despoblación del país, que carecía de brazos para las industrias ó los tenía cruzados é inhábiles para trabajar; pero lo cierto es que acudieron á los de afuera, no hallando en los de adentro lo que necesitaban para sus planes ó para su concepción de la vida nacional.

El pueblo era enemigo del extranjero por varios motivos: en primer lugar, por la desastrosa competencia que en materia económica le hacía en su propia casa; luego, por la experiencia poco tranquilizadora que tuvo de los primeros flamencos venidos con Felipe el Hermoso y con Carlos de Gante; algo por recelo religioso, en que los reyes—salvo Felipe II—no hicieron nunca tanto hincapié, y en fin, muy verosímelmente, por el odio tradicional que la guerra de la Reconquista y la política de las expulsiones habían infiltrado en su espíritu ciegamente, sin distinción de casos. En las Memorias del mariscal de Gramont, que estuvo en España á mediados del siglo XVII, se lee esta sentencia relativa á nuestros antepasados: «No sienten curiosidad alguna de ver tierras extrañas, y menos aún de enterarse de lo que en ellas ocurre.» En cuanto expresivo del hosco afán de aislamiento que entonces dominaba á la masa, el hecho parece exacto y ha perdurado casi hasta nuestros días, á despecho de la opinión de una pequeñísima minoría culta.

Pero sería un error creer que nos hemos corregido del todo de ese prejuicio y de esa indiferencia que Gramont acusa. Citaré varios hechos que lo comprueban plenamente. Hace pocos años, un ministro de Instrucción pública, acogiendo los clamores de la opinión ilustrada, instituyó con cierta amplitud las pensiones escolares de estudio en el extranjero. Tal como se organizaron en un principio, cada Universidad y Facultad había de tener su pensionado, y era lógico suponer que la juventud intelectual española, la más apta para sentir la necesidad del contacto con otros países, se apresuraría á solicitar las plazas que se le ofrecían. Pues bien; las más de ellas quedaron vacantes y

Universidad hubo que, á semejanza de Diógenes, fué buscando afanosamente el hombre que no se presentaba por sí mismo, avergonzada de que no hubiese entre la gente moza ni un sólo candidato *motu proprio*. Hoy día las pensiones se han reducido á una sola por cada año y clase de estudios (Derecho, Medicina, Ciencias, etc.), y á pesar de este bajón tremendo, la concurrencia no es, ni con mucho, abundante. En los profesores ocurre lo mismo. No es raro que nadie solicite la pensión: y ahora mismo, la correspondiente á los estudios de Historia ha tenido *un solo* concursante.

Estos hechos rectifican el optimismo que probablemente despertó en muchos españoles un artículo de Grandmontagne publicado en *La Prensa*. Grandmontagne aducía como argumento para declarar ilusorio el proyecto de Universidad iberoamericana, el hecho de que nuestros aristócratas, nuestros políticos, nuestros intelectuales y nuestra burguesía, educan sus hijos en el extranjero; lo cual quiere decir que no fian ni un ápice en la enseñanza nacional. Los datos que Grandmontagne aducía eran, ciertamente, deslumbradores, pues de ellos resultaba que cientos de muchachos salían anualmente á recibir el saludable influjo de una cultura muy superior á la española y de tipos de vida muy diferentes del nuestro. ¿Qué más podíamos desear, los que venimos predicado hace mucho tiempo esa *política pedagógica*? ¿Qué importa que el Estado escatime las pensiones de viaje, si el cuerpo social espontáneamente cumple esa función? Chocante es, sin duda, que pudiendo residir en el extranjero un año por cuenta del presupuesto, los estudiantes y los padres españoles prefieran rascarse el bolsillo y desaprovechen las contadas ocasiones de coger el fruto con dinero del común; pero en fin, quizá es esta una de las manifestaciones de nuestro individualismo, que no siempre es fácil de concertar con nuestra proverbial empleomanía y parasitismo político.

Los que se hicieron desmedidas ilusiones á la vista de los mencionados datos, debían, no obstante, haber reflexionado lo siguiente: ¿cómo esa formidable emigración escolar

no ha dejado ya sentir sus efectos en el país? ¿Dónde está la legión de hombres de cultura, de técnicos, de profesionales, que de ella necesariamente habrá salido? ¿Por qué nuestras industrias siguen, por lo común, en manos de ingenieros y de *prácticos* franceses, belgas y de otros países? ¿Cómo no ha aumentado la ilustración y la aptitud de nuestras clases directoras y el nuevo contingente no ha remozado nuestra política, creado una aristocracia como la inglesa, elevado el ideal y las prácticas de nuestro comercio, quebrantado el misonismo y la rutina tradicionales, ó por lo menos no ha dejado entrever la esperanza en una sólida y próxima regeneración?

La respuesta es fácil. El número de jóvenes españoles que van á estudiar al extranjero es mucho menor de lo que hacen suponer los datos recogidos por Grandmontagne, y ese número representa una escasísima minoría frente á la gran masa que ni va ni quiere ir á Francia, á Alemania, á Inglaterra... Pero hay además otra cosa de muchísima más importancia que el número. No basta ir al extranjero; es preciso saber aprovechar el viaje y la escolaridad en él, y la experiencia muestra que la mayoría de los estudiantes que acuden á los colegios y escuelas de otros países, vuelven muy escasamente transformados.

¿Por qué? Las causas son múltiples. Una de ellas es que, de ordinario, van allá sin la preparación que los pedagogos de todo el mundo consideran necesaria para que el contacto con una cultura diferente de la de la madre patria resulte provechoso; otra es que muchos de esos estudiantes ingresan en escuelas y colegios de congregaciones, que no alteran gran cosa el tipo mental de la gente española; otra, que, así como es fama que la industria francesa fabrica productos especiales, inferiores, *pour l'Espagne et le Maroc*, hay también colegios y pensiones en que la clientela española es considerada como de más fácil contentamiento que la de cualquier otra nación; otra, en fin, el prejuicio que en muchas partes se tiene acerca de lo ineducable de nuestra raza...

Todas estas causas las he oído reconocer y deplorar á muchos padres españoles que, después de gastar su dinero, han tenido que recoger á sus hijos casi como los enviaron. Otros se quejan de que más pierden que ganan con el envío. «Nuestros muchachos—dicen—se acostumbran á vivir bajo un pie de igualdad con los hijos de los grandes industriales y comerciantes de otros países, gente rica que gasta mucho y puede gastar así, y vuelven á España con una porción de necesidades que no corresponden á nuestra fortuna y sin empuje bastante para aumentar ésta por medio del trabajo rudo.»

No sé lo que habrá de rigurosamente exacto en esta lamentación en punto al número de casos que á ella correspondan; pero cuando el río suena, algo de agua lleva.

¿Qué se deduce de todo esto? Que, aparte de lo imprescindible que es excitar el débil amor de los españoles á los viajes de estudio en el extranjero y lograr que el presupuesto de Instrucción pública y el de Agricultura dediquen cada año mayores cantidades á este servicio verdaderamente nacional, la escolaridad en los países transpirenaicos hay que reglamentarla y reducirla á sistema, para que no sea, como hoy es, por lo común, un fracaso. Bien preparada, bien dirigida, bien vigilada, su éxito es indudable, y en otro artículo me detendré á citar casos de los que prometen fundar grandes esperanzas en las experiencias que hasta ahora se han hecho como deben hacerse.

De otro modo, el envío de jóvenes al extranjero servirá para exteriorizar un desprecio, que no siempre es justo, á la enseñanza española, oficial y privada; pero no recogerá, en la mayoría de los casos, mejor fruto que el que se obtendría sin trasponer las fronteras. No basta encargar vestidos á los modistos de París y Londres; hay que saber llevarlos, y eso no se improvisa. Las mujeres lo saben bien.
